

muy prestigioso, sobre todo si es un poco zonzoso (*risas y aplausos*), alrededor de un hombre en esas condiciones suelen congregarse los apetitos más desordenados. Creemos también en el genio político, creemos que hay hombres eminentes que saben y que piensan mejor que los demás; pero esos mismos hombres comprenden que lo que ellos saben y piensan sólo vale en cuanto se transmite a la masa, en cuanto es la masa ciudadana la que se ha elevado en su nivel intelectual, en su conciencia histórica. No creemos que haya contribuído a ese desarrollo de la conciencia ciudadana del país el hombre que ha llegado a ser presidente después de treinta años de lucha, como él se jacta de haberla sostenido, y que nunca ha tenido nada que decir al pueblo de la República, sino en estos últimos tiempos, en los pobres mensajes que hemos recibido. (*Aplausos*).

Es, pues, significativo que ciertos órganos, que pueden muy bien ser presidenciales, pues por su nivel literario y doctrinario no están por debajo de los órganos conocidos del partido gobernante, están hablando de dictadura. Nos haría temer que fuera cierto lo que oí decir a un ciudadano de ingenio: de los radicales sólo uno sabe lo que quiere, y ese quiere un disparate. (*Risas*).

El presidente de la República y el partido que él encabeza no saben propiamente lo que quieren, por no haberse capacitado el pueblo que los ha encumbrado. El presidente Irigoyen no sabe lo que quiere, porque el pueblo que lo ha elegido no sabe lo que quiere. (*Risas y aplausos*). El pueblo que lo ha elegido, y que ha elegido a la enorme mayoría del parlamento de la nación, es un pueblo que da a esos gobernantes carta blanca, que no hace de ellos representantes, sino tutores.

Necesitamos llevar adelante la obra de educación y capacitación de las masas populares para substraerlas a semejante estado de cosas, del cual felizmente nunca han estado tan lejos como hoy. Esta asamblea bien lo prueba; ella es, como bien lo ha dicho el diputado de Tomaso, un toque de alarma, pero al mismo tiempo es un gran acto de tranquilidad pública. En un país donde se celebran asambleas como ésta hay grandes obstáculos, hay obstáculos invencibles a que se establezca en ninguna forma un gobierno inconstitucional.

Necesitamos hacer que los gobiernos todos, quieran o no quieran, tengan que saber lo que quieren, tengan que ir al gobierno con un propósito claro y definido, lo tengan o no lo tengan en el corazón; pero que si propagan y sostienen

una fórmula electoral, lo hagan en forma inteligible para que los votantes al depositar su voto en la urna, sepan por qué lo hacen.

Los gobiernos argentinos de hoy no dan leyes populares, dan leyes clandestinas; fué una expresión que usé hace años en el parlamento y que motivó un grave incidente, pero que tiene un significado clarísimo. Todavía ayer hemos oído en la Cámara de Diputados al diputado ugartista, doctor Aree, decir que un proyecto, por el que se destinaban dos millones y medio más de pesos oro para ampliar un puerto en el Quequén, había sido reclamado por nueve décimas partes de la opinión ciudadana de la provincia de Buenos Aires, porque habían firmado ese proyecto los diputados ugartistas que representan 100.000 votos, y lo firmaban también el actual ministro Salaberry, entonces diputado, y otros diputados irigoyenistas, que representan 80.000; y entonces sumaba: 180.000 votos. (*Risas*).

Esa es una ley clandestina desde su origen, que sigue ampliándose en forma clandestina, por un parlamento que casi no hace sino leyes clandestinas.

Ciudadanos: No somos un partido de emergencia. La política argentina se compone de actos de favor y de corrupción y de actos de emergencia: oscila entre el fraude y la revuelta, entre la imposición y la abstención. Nosotros somos el partido de la obra diaria, permanente, consciente, de esclarecimiento de las ideas y de implantación de nuevas costumbres; llevamos siempre adelante nuestra obra que, en las condiciones actuales, constituye un obstáculo, quizás el más grande, a la violación de la Constitución, la cual tiene ya para nosotros un sentido, como ha empezado a tenerlo también, de algunos años a esta parte, la bandera.

Por eso es, ciudadanos, que en la última consideración del presupuesto y de las leyes de impuestos en la Cámara, los representantes socialistas apoyamos con decisión una iniciativa, que hubiera sido nuestra desde que pusimos los pies en aquel recinto, si hubiera habido para ella el menor asomo de éxito; se nos presentó como una iniciativa de los enemigos del actual gobierno la de limitar a un año la validez de las leyes de impuestos. La apoyamos, esa iniciativa pasó y hoy es ley de la nación; en la República Argentina, como en todos los países gobernados por el voto popular, los impuestos rigen por un año; es la base misma del sistema parlamentario, la razón de ser de los parlamentos. Desde sus orígenes, se convocaba a los representantes del pue-

blo para pedirles recursos a los fines del gobierno, y es así como los pueblos consiguen de sus gobiernos el respeto por las libertades esenciales.

Hemos implantado en el país esa reforma los diputados socialistas, apoyando a los diputados anti-regeneradores que veían en ella un recurso para sus pequeñas luchas de la política criolla. Nos apresuramos a adoptarla y hoy es una realidad. El presidente actual tiene eso de mejor que los otros presidentes; los otros, dictadores más o menos disimulados, tenían siempre recursos a su disposición; no necesitaban convocar al parlamento para que les diera leyes de impuestos; podían cerrar el parlamento, como lo hizo Figueroa Alcorta el 25 de Enero, y seguir cobrando las contribuciones. Esto no lo podrá hacer el presidente Irigoyen, aunque algunos de sus turiferarios nos anuncien que cerrará el Congreso, imitando, en eso como en toda su política financiera, monetaria, impositiva y bancaria, viejas prácticas de la oligarquía. En la Cámara hubo dos diputados gubernistas para decirnos que, si se votaba la limitación de los impuestos a un año, tuviéramos cuidado porque el presidente podía cerrar el Congreso (*risas*), precisamente cuando el atropello se le hacía imposible.

Estamos, pues, compañeros, en el mejor de los terrenos; estamos en la obra diaria, en la obra de siempre; nuestra línea de conducta no ha de variar en un ápice, cualesquiera que sean los pequeños vaivenes de la política criolla que alteren la superficie de la política argentina; para nosotros, en el fondo, esa política es siempre la misma, en cuanto no eleva el nivel político, la capacidad electoral y ciudadana de los trabajadores todos de la República.

Yo no sé si entran en los planes del partido gobernante el imponer a los que no piensan como ellos las prácticas que el partido que se titula entre nosotros radical, ha seguido hasta la fecha. Todos sabemos que las prácticas del partido radical han sido la revuelta y la abstención; ellos encontrarán tal vez que se impone que los demás se abstengan ahora porque ellos antes se abstendrían; parecería responder a eso la persecución que se hace contra reuniones públicas sin importancia, que debían celebrarse en paz, aquí, en la ciudad; no las consideran un peligro para la estabilidad del gobierno y, sin embargo, se las va a perturbar con injurias, y hasta con vías de hecho, como para impedir las.

Nosotros no nos hemos de abstenen, no imitaremos en ningún caso, en ninguna forma, prácticas que jamás nos han parecido aceptables; hemos condenado la abstención de los radicales,

la hemos denunciado como una cobardía; hemos ejercitado el derecho electoral en las peores condiciones imaginables, cuando en la capital de la República se votaba peor que hoy en Jujuy, peor que en los territorios con peores gobiernos, ¿cómo, pues, va a atemorizarnos la actitud más o menos violenta de un gobierno que quiera proceder arbitrariamente?

Estamos siempre en el mismo terreno, ciudadanos; tenemos una obra inmensa que realizar, tenemos propósitos claros que propagar, que acrecentar nuestras fuerzas y capacitarnos para realizarla.

He dicho.

(Grandes y prolongados aplausos).

Bases de la sociedad actual (1)

Un filósofo produce ideas, un poeta versos, un pastor sermones, un profesor manuales, etc. Un criminal produce crímenes. Si se consideran más de cerca las relaciones de esta última rama de la producción con el conjunto de la sociedad, se abandonarán muchos prejuicios.

El criminal no produce solamente crímenes, sino también el derecho criminal, y por consiguiente, el profesor que da lecciones sobre derecho criminal, además del inevitable libro de texto en el cual este mismo profesor lanza sus conferencias, en calidad de mercancía, al mercado universal. También se produce un acrecentamiento de la riqueza nacional, sin contar la satisfacción individual que, según testigo competente, el profesor Roscher, procura a su autor la confección del libro de texto.

El criminal produce, además, toda la justicia correccional y criminal, las guardias, los jueces, los verdugos, los jurados, etc., y todas las diversas ramas de industria que forman tantas categorías de la división del trabajo social, desarrollan diversas facultades del espíritu humano, crean nuevas necesidades y nuevos medios de satisfacerlas. Nada como la tortura ha dado lugar a las más ingeniosas invenciones mecánicas y ocupado en la producción de sus ingenios a una masa de honrados artesanos.

El criminal produce una impresión moral o trágica, según el caso, prestando así un "servi-

(1) Este fragmento lo extraemos de los estudios de Carlos Marx sobre la plusvalía coleccionados por Carlos Kautsky. El título, concordante con el contenido del trabajo, nos pertenece.